

que dijo el poeta en aquellos versos que se han hecho proverbiales y que tan poco le gustaban á D. José Zorrilla, quien los parodiaba de una manera que, por su grosería, no se puede repetir.

¡Sí; y qué acompañados suelen andar los vivos! Quiero decir los vivos que, en rigor, no lo están, aunque lo sean, los vivos en el sentido picaresco y maleante, en ese triste sentido en que ha llegado á ser el mote vivo uno de los peores insultos, aunque no lo crean así ni los que lo profieren á modo de elogio, ni los que á tal modo lo reciben complacidos. Parece que una de las cosas que menos debe uno desear es que le llamen vivo, y la que más, que le tengan por loco ó soberbio.

Soberbio, sobre todo, es hoy en España el epíteto más honroso. Como que se llama soberbia al sentimiento de la propia dignidad, sin el cual no cabe el sentimiento de la dignidad ajena.

¡Sí, los muertos se quedan muy solos. Contrasta con la repulsiva adulación que aquí se rinde á los vivos — sobre todo si lo son mucho —, mientras pueden otorgar mercedes, el compasivo ó ya desdenoso silencio en que se les envuelve después de muertos. ¡Claro, un muerto no da credenciales ni bombos!

Y esa falta de culto á los héroes, ¿se debe á que no hay héroes? No, sino más bien á que no hay culto, porque no hay cultura. Pero cultura en su acepción más íntima, más religiosa. La grosería de los propósitos y las intenciones apaga esa religiosidad del culto á los grandes espíritus.

Hace unos cuantos meses leí con espanto, con bochorno y con tristeza en uno de nuestros más leídos diarios, esta frase terrible: «ha tenido que pasar por la humillación de quedarse solo». Y ante esta explosión de grosería, se me cayeron las alas del corazón de patriota.

Contaba una vez á un amigo mío, excelente sujeto, muy bien intencionado, pero corroído ya por el virus maléfico del politicismo profesional, lo que un famosísimo orador había dicho en uno de sus más eficaces discursos, y me atajó mi amigo diciéndome: «Bueno, ¿y las acetaciones?» «¡Qué cotaciones?, le pregunté. Y él: «Quiero decir lo de *rumores* y *aplausos* ó interrupciones, y lo demás así». Lo importante para él no era lo que hubiese parecido el discurso y la doctrina en él expuesta, sino el efecto que causara en el ámbito profesional en que se pronunció.

Mas vuelvo á lo del principio, á la soledad de los muertos. Sobre todo si han sido políticos. Con una pobre estatua, hecha por suscripción y dando el Estado el bronce para ella — de algún viejo cañón inservible acaso —, está despachado.

Ni hay una regular historia política de España durante el pasado siglo XIX, ni hay biografías que se puedan leer de sus hombres políticos. De ninguno de nuestros grandes políticos del pasado siglo tenemos, que yo sepa, una biografía apreciable. Y no digo una como la que John Morley dedicó á Gladstone. Me contentaría con mucho menos.

A ninguno de aquellos hombres políticos á quienes les hizo tales Cánovas del Castillo, pongo por caso, se le ha ocurrido dedicarle un trabajo digno de él. Se me dirá acaso que ninguno de los políticos que siguie-

ron á Cánovas y lo han sobrevivido, ha tenido facultades de biógrafo, de escritor. Entonces, ¿qué clase de políticos eran esos? Si seguían las doctrinas liberales conservadoras de Cánovas, debían sentirse en condiciones de contarnos cómo las expuso y cómo las aplicó su jefe. Y si seguían á Cánovas, al hombre, si eran fieles de una persona, canovistas, ¿qué género de inteligencia es la suya que no sabe explicarnos los fundamentos de su culto personal á aquel hombre?

No, la explicación que suele darse á este hecho es otra. Se nos dice que un político activo, un ex ministro ó ex director y aspirante á volver á serlo, no tiene tiempo de ponerse á los estudios que exige el levantar así un monumento literario, más perenne que el de bronce, á su jefe, acaso á su ídolo de un tiempo. Y en rigor, quiere decirse con eso que el político no tiene tiempo para pensar, ni siquiera en la política.

En uno de mis últimos viajes á Madrid me encontré con un amabilísimo periodista argentino, que recogía pensamientos de nuestros ministros para publicarlos, con sus retratos, en un semanario ilustrado bonaerense. ¡Recoger es! Y al decirle yo cómo se las arreglaba para hacer pensar á nuestros ministros, me contestó con muchísima gracia: «Yo ya soy perro viejo en el oficio, y voy de antemano bien preparado. Sé que los ministros no tienen tiempo de pensar, y les llevo escritos unos cuantos pensamientos, que estimo adecuados; escogen uno, me lo firman, y asunto concluido». Es, sin duda, el gran procedimiento. A más de que si el periodista pedigueño é indiscreto no les lleva ya pronto el pensamiento que han de firmar, se lo encargarían á cualquier oficial, lo más probable á algún escribiente del Ministerio. O acudirían á una colección cualquiera de pensamientos, que es lo más cómodo.

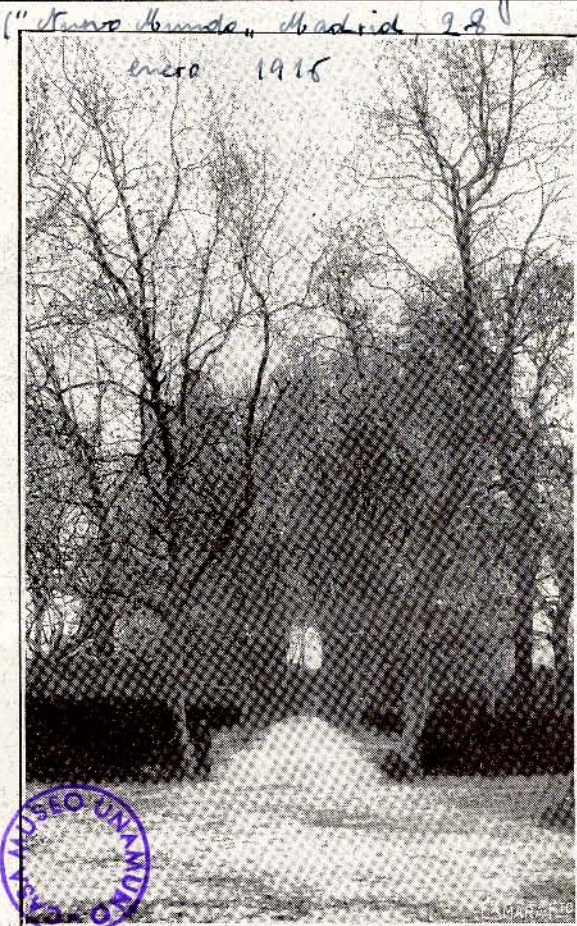
Es esta terrible falta de pensamiento propio lo que hace que pasen por nuestro suelo las personalidades relevantes sin dejar huella espiritual, sin que encarnen su espíritu y su vida en una memoria literaria perenne. No es que no haya Aquiles políticos, mayores ó menores; es que no hay Homeros.

Aquí apenas se escribe historia, historia viva. ¿Es que no la hay? ¿Es que somos un pueblo antihistórico? No hay un relato regular que pueda leerse de nuestra revolución de Septiembre, la que arrojó á Isabel II del trono. Y debía haber una que fuese un libro clásico. Lo que de ella nos han dejado escrito los que en ella tomaron parte, es muy flojo. Lo que Pi y Margall escribió sobre el reinado de D. Amadeo de Saboya, no es digno de la fama de que gozaba Pi y Margall. ¿Por qué?

Nos interesan poco, muy poco, las ideas, y, por consiguiente, nos interesan poco, muy poco, las personas. Porque las personas son ideas. A nuestro político, apenas le interesan sino los intereses — los económicos en primer lugar — y las cosas. Su impersonalismo, y esto hasta cuando más se adhiere á una persona, es terrible. El fulanismo — canovista, sagastino, canalejista, etc., etc. — envuelve la más profunda indiferencia hacia la persona. Nuestros grandes políticos no tienen evangelistas; no tienen sino perros que les sigan tras el mendrugo ó el hueso que cae de sus manos. Apenas si existe el hombre para el hombre. ¡Dios mío, qué solos se quedan los muertos! Sobre todos si fueron políticos.

Miguel de Unamuno

## La soledad de los muertos políticos



## SOL DE INVIERNO

Hermano Febillo que estás en el cielo y en aquestos días tristes del invierno sueles por las tardes mostrarte halagüeño con la madre Tierra y la das tus besos. ¡Si supieras cómo te lo agradecemos!

Tú sabes que en cuanto quedan los viñedos huérfanos de frutos, y los campos vermos, sin hojas los árboles y en paz los senderos, ya estamos sin alma muchachos y viejos. ¡Nuestra vida, sólo florece en tu reino!...

Son nuestra tortura los días de Enero, vestidos de blanco, con su helado cierzo en que tú no triunfas como un padre bueno, sin nubes, sin nieblas en lo alto del cielo.

Por eso en las tardes que rasgas el rocío, campo de la bruma, y te muestras, Febo, con todo tu rango, con todo tu fuego, ¡cómo te adoramos, muchachos y viejos!

Campos sin espigas, troncos esqueléticos, jardines sin flores y regatos secos, si das en besarles las tardes de invierno, parecen que tornan de su triste sueño.

Todo lo trastruecan tus cálidos besos, todo lo fecundan tus rayos intensos. No dejes aquestas tardes del invierno, hermano Febillo, de asomarte á vernos. ¡Nuestra vida, sólo florece en tu reino!

Diego San José